

ESPACIO-TIEMPO

R. R. Buenaventura

Image not found.

Capítulo 1

R. R. Buenaventura

Espacio-tiempo

Capítulo 2

Título Original: Espacio-tiempo

© R. R. Buenaventura, 2015

Título Alternativo: Un Cuento en el Espacio-tiempo

Título Alternativo 02: Una Odisea en el Espacio-tiempo

Título Alternativo 03: Danza en el Espacio-tiempo

Capítulo 3

"Podemos mirar el estado presente del universo como el efecto del pasado y la causa de su futuro. Se podría concebir un intelecto que en cualquier momento dado conociera todas las fuerzas que animan la naturaleza y las posiciones de los seres que la componen; si este intelecto fuera lo suficientemente vasto como para someter los datos a análisis, podría condensar en una simple fórmula el movimiento de los grandes cuerpos del universo y del átomo más ligero; para tal intelecto nada podría ser incierto y el futuro así como el pasado estarían frente sus ojos."

Essai philosophique sur les probabilités, introducción.

Pierre-Simon Laplace 1814

Capítulo 4

Prólogo

Le parecía estar flotando... Flotaba tendido sobre una gran nube de algodón. Un suave, cómodo y mullido cúmulo de virgen y esponjoso algodón que abrazaba a Jay como una madre protectora. Pero la cabeza le iba a estallar... En lugar de flotar junto al resto de su cuerpo sobre aquella esponjosa nube, Jay creyó tenerla encerrada en el interior de una caja de hierro ajustada al límite de la resistencia de los huesos de su cráneo.

«¡Joder, qué dolor de tarro! —pensó—. Pero el resto del cuerpo está genial... ¡Qué sensación tan extraña!»

Jay yacía rodeado por una bóveda verde eléctrico con pequeños y alineados puntitos rosas. Desde su posición no podía ver nada más; sin embargo, supo al instante de qué se trataba.

«¡Un fondo croma! —Rió y maldijo—. El trabajo me persigue hasta los sueños.»

En aquel momento, y surgida de la nada, otra nube de algodón comenzó a formarse justo sobre él. Era bastante más pequeña que en la que Jay se hallaba tumbado, y, al igual que la suya, tan blanca como la nieve. Se incorporó haciendo un esfuerzo supremo por alzar su pesada cabeza, hasta que, por fin, logró permanecer sentado en su gran cúmulo. La pequeña nube empezó a descender, bamboleándose en la nada, hasta situarse a sus pies. Cuando se detuvo, su forma comenzó a mutar, alargándose verticalmente, y pasó de ser una esponjosa nube de algodón a ser una esponjosa columna de algodón de algo más de metro y medio de altura.

Aquella columna de algodón continuó evolucionando; tomando gradualmente rasgos antropomorfos. Brotando de su interior, Jay empezó a reconocer brazos, piernas, cabeza...; y, a medida que se distinguían con más claridad sus formas humanoides, también su textura iba mutando.

Finalmente, frente a él se había materializado una mujer; una de las mujeres más extrañas que Jay hubiera visto en su vida, si no la más. No poseía un solo cabello. Ni en la cabeza ni en sus inexistentes cejas y pestañas. Era ancha, pero no gorda; y su redondo rostro no carecía de cordialidad. Mofletes prominentes y sonrosados; labios gruesos, pero nada sensuales; una estrecha y alta nariz; y ojos grises y muy claros. Vestía

una especie de túnica o vestido de etéreas sedas naranjas y carmesíes, y, a través de los vaporosos tejidos, Jay pudo intuir sus grandes y erguidos pechos. La mujer lucía en su antebrazo derecho un aparatoso brazalete que le iba desde la muñeca hasta el codo. Se trataba de una pieza de gran solidez, de algún metal blanco y con tres grandes gemas rojo vino incrustadas a lo largo de la parte frontal del robusto aro. Ella le contemplaba y sonreía.

—¡Me duele la cabeza! —se quejó Jay.

—¡Vaya! ¿Quieres que te ayude, cielo? —respondió la mujer.

A Jay aquella voz le provocó un estremecimiento.

—Conozco esa voz —aseguró. Notó cómo su visión se nublaba—. Me gusta mucho..., pero no es tuya —afirmó, comprendiendo que lo que emborronaba su vista eran sus propias lágrimas anegándole los ojos.

—¿Mi voz no es mía? —preguntó la mujer, extrañada—. ¿Y de quién es, cariño?

—No me acuerdo..., pero esa voz me hace sentir muy bien. Es una sensación agradable —respondió mientras de sus ojos brotaban más y más lágrimas, sin control—. ¿Me estoy muriendo?

—No.

—¡Ayúdame! ¡No quiero este dolor de cabeza!

—Solo tienes que quitártelo, cielo. ¡Es fácil! —le aseguró la mujer, e hizo como si extrajera un imaginario objeto que le rodeara el cuello, llevándose las manos por sobre su cabeza.

—¿Es fácil? —preguntó Jay en tanto le parecía agarrar algo sólido. Tiró de ello hacia arriba, liberando su cabeza de aquella férrea opresión—. ¡Es verdad! —prorrumpió sorprendido—. ¡Ya no me duele la cabeza! ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no he hecho nada, cariño. Lo has hecho tú.

—¡Ya sé de quién es esa voz! —aulló—. ¡Es la voz de mi abuela! ¿Por qué tienes la voz de mi abuela?

—¿Por qué no? —respondió la mujer deslizándose de forma elegante hacia él en tanto sus gaseosas ropas flameaban a su alrededor.

—¡Claro! ¡Solo es un sueño!

—¿Estás seguro, cielo? —preguntó ella, misteriosa—. Hay sueños y sueños...

—Sí. Y cabras y cabras... —señaló Jay—. Pero no por ello dejan de ser cabras. —La mujer rió, y Jay volvió a estremecerse. Por un instante aquella risa le hizo regresar a su niñez.

En un momento dado la extraña mujer caminó hasta el borde de la nube y tomó asiento allí, dejando que sus piernas colgaran del cúmulo. Posó las manos sobre el regazo y le miró.

—Ven —susurró la voz de su abuela—. Siéntate conmigo.

Jay obedeció. Gateó hasta ella, se sentó a su costado y dejó que sus piernas colgaran sobre el vacío, junto a las de aquella mujer con la voz de su abuela.

En aquel preciso instante el *foreground* verde fue sustituido por el *background* de un límpido cielo azul con un enorme sol radiante en su centro, al mismo tiempo que Jay comenzó a sentir el aire en su rostro.

«¡Vaya! Estoy soñando que vuelo en una nube... ¡Qué original! —se recriminó—. Si no fuera por la gordita calva...»

Se desplazaban avanzando a gran velocidad y, a su vez, en dirección descendente. Jay pudo distinguir bajo ellos una gran masa de agua azul oscuro aproximarse a toda velocidad. Cuando ya pensaba que se estrellarían sin remisión contra la rizada superficie, la nube realizó una pasada a ras de mar; manteniéndose a unos centímetros del agua. Ya fuese por el hecho de haber estado pendiente del inminente accidente o porque este apareció de repente, Jay se sobresaltó cuando un imponente muro se alzó ante ellos. El mar finalizaba allí, abruptamente, contra un descomunal acantilado... Y ellos volaban a toda velocidad hacia él.

La nube, como conducida por un piloto de combate, evitó también el acantilado ascendiendo de forma cuasi vertical.

—Si vamos un poco más despacio, tampoco pasará nada, ¿eh? —protestó Jay.

—Ya casi hemos llegado, cielo.

—¿A dónde?

—Quiero mostrarte algo —dijo.

—¿El qué?

—Ya lo verás, cariño.

Tras haber superado el acantilado, la nube retomó el vuelo horizontal por sobre un inmenso bosque. El paisaje bajo ellos comenzó a hacerse monótono. Árboles, árboles y más árboles... Una colosal zona boscosa que se extendía como un océano verde allá donde mirara. La nube comenzó a perder velocidad, por lo que Jay pensó que debían estar llegando ya a donde diablos fuera que estuvieran yendo.

A cierta distancia, pudo distinguir cómo el bosque se abría en un gigantesco y redondo claro. Era tal la perfección de la circunferencia que aquel claro parecía haber sido talado quirúrgicamente por un inmenso bisturí láser. La nube se detuvo por fin; con lo que la visión de cuanto había bajo ellos era privilegiada. Jay observó una extraña formación en aquel claro. Justo en su centro había un enorme lago, esférico también; y a su vez, del centro del lago surgía una pequeña isla, igualmente redonda. Desde allí arriba, las tres circunferencias tenían el aspecto de un gran ojo... o el de un plato verde, con un huevo frito psicodélico en su centro.

«Me gusta más la idea del ojo...; es más evocadora —se dijo—. Pero ahora me ha entrado hambre pensando en ese huevo frito.»

—Hemos llegado, cariño —dijo la mujer, señalando lo obvio. La nube comenzó a descender verticalmente.

A medida que descendían, Jay pudo observar que la única conexión entre la isla y el claro consistía en un sencillo puente colgante; no obstante, cuanto más se aproximaban, más detalles percibía. El puente, de madera y sogas, estaba fijado a dos troncos clavados a tierra a ambos costados. Sobre la pasarela correteaban unas cuantas mujeres y niñas calvas (como su compañera de nube) en dirección a la isla. Todas ellas iban vestidas con ropajes de...

«¿...campesinas medievales?»

A uno de los extremos del puente, el que estaba sujeto al costado «continental», se amontonaban más mujeres y niñas aguardando cruzar a la isla. Y junto a ellas, frente a la entrada del puente, había un...

«¿...caballero?»

Era un tipo con armadura blanca de pies a cuello (pues no llevaba ninguna clase de yelmo o casco), lucía una capa nívea y de su cinto colgaba una espada en su blanca vaina. El caballero poseía una mata de lacio pelo

castaño claro, con un flequillo tan largo que le cubría por completo los ojos. Jay comprendió que aquel tipo estaba prestando ayuda a las mujeres a cruzar hacia la isla; al tiempo que les urgía a hacerlo.

La isla tenía su propio bosque (de cinco a seis árboles); una pequeña colina; un puñado de casas de adobe y techos de paja...; y, pululando de un lado a otro, más mujeres y niñas sin pelo.

—Me parece que lo de revisualizar anoche la trilogía de *El Señor de los Anillos*, por vigésima no-sé-cuántas veces, está teniendo sus efectos secundarios —anunció Jay.

—Eso parece, sí —confirmó ella.

—¿Esta gente son tu pueblo?

—Podría decirse así —respondió lacónicamente.

Su nube inició un lento descenso hasta colocarse a muy poca distancia de la superficie del claro, de las mujeres, de las niñas... y del caballero. Entonces a Jay se le escapó una sonora carcajada.

«¡Me cago en la leche...!», clamó para sus adentros.

—¡Ja! ¡Eh, John R! —le gritó al caballero blanco—. ¡Eh, tú, Ser! ¡John Ramon! ¡Ser John Ramon!

Jay continuó gritando entre risas; si bien nadie allí advirtió su presencia. Nadie veía la nube, y nadie les veía a ellos.

—El caballero blanco es mi amigo John R —informó a la mujer.

—Lo sé muy bien, cariño —respondió ella—. Por eso estamos aquí.

Repentinamente, las mujeres que aguardaban cruzar a la isla comenzaron a emitir gritos y advertencias. «¡Nos han descubierto!» y «¡Ya están aquí!» y «¡Orcos, son orcos!» y «¡Ya vienen, corred!» y «¡Era una trampa!» y «¡Son *Uruk-hai*!»

Jay hizo girar su cuello, y pudo distinguir diversas sombras moviéndose furtivamente entre los distantes árboles; en las postrimerías del bosque y el inicio del claro. Miró de nuevo al frente y percibió la angustia de aquellas mujeres y niñas, y pudo ver a su vez las carreras desesperadas de estas recorriendo el puente, hacia la isla. John R les apremiaba para que corrieran por sus vidas, al tiempo que él avanzaba en dirección a las sombras.

Su blanca capa restallaba al viento al caminar, la espada se mecía en su costado al ritmo de sus pasos mientras el aire agitaba su cabellera. John R se detuvo, volteó hacia el puente, exhortó de nuevo a aquellas mujeres para que corrieran y, encarando de nuevo a sus enemigos, desenvainó su espada. Una especie de refulgir blanco brotó de la hoja, envolviéndola, y otorgándole a aquel arma una especie de poder sobrenatural.

La nube ascendió unos metros, con lo que Jay recuperó algo de perspectiva. Comprobando que, ciertamente, surgidos de las profundidades del bosque, se aproximaban unos quince o veinte jinetes.

A medida que estos se acercaban, pudo distinguir que indudablemente eran *orcos* cabalgando monstruosos *huargos*.

Plantado en tierra, John R separó ligeramente sus piernas y realizó un par de estocadas al aire por encima de su cabeza.

—¡Vamos, machote! ¡Que tú puedes! —le animó Jay, burlón.

Dos jinetes se habían adelantado al grupo, hallándose ya a poca distancia de John R; quien se había quedado inmóvil, empuñando la espada con ambas manos frente a su cuerpo. Desde su posición, Jay ya podía escuchar los gruñidos tanto de los *huargos* como de los *orcos*. John R permanecía estático; aguardando hasta el último instante.

—¡Muévete, idiota! —chilló Jay, ya alterado—. ¡Que te va a embestir!

El primer *huargo* saltó sobre John R, quien continuaba sin mover un músculo. A Jay se le pusieron los pelos de punta y, por un instante, pensó que no soñaba. Cuando el monstruoso animal estaba apunto de caer sobre su amigo, el caballero blanco realizó un centelleante movimiento descendente con su espada, ejecutó un elegante giro sobre sí mismo y finalizó con un golpe horizontal.

Tanto la bestia de cuatro patas como la de dos no sabrían nunca cómo perdieron sus cabezas...; mas sus cuerpos por un lado, sus cabezas por el otro y la negra sangre que goteaba de la espada de John R daban crédito de ello.

El segundo *huargo* detuvo su embestida al ver como su hermano había perdido la cabeza de un mal de espada... Hasta que el *orco* que lo cabalgaba golpeó de plano con su acero en el anca del animal, reiniciando este la carga. El modo fue diferente; el resultado el mismo: cuerpos, cabezas, sangre...

Una lluvia de flechas cayó sobre John R. El resto de jinetes ya estaba alcanzando el lugar donde se hallaba su amigo cuando una segunda

andanada de saetas descendió sobre él.

«Disparan contra su coraza, ninguno a su cabeza. ¡Estos malos son tan estúpidos...!»

Todos los *orcos* cayeron sobre John R a la vez.

—Mira, cielo —le indicó la mujer señalando de nuevo hacia el bosque.

Mientras su amigo se ocupaba de sus adversarios, Jay echó un vistazo en aquella dirección, observando cómo desde la espesura surgía una marea negra avanzando ruidosamente. En aquel preciso instante el sol comenzó a ocultarse. Jay alzó la vista al cielo y vio negros nubarrones evolucionando y cubriendo ya buena parte del firmamento. Un relámpago hendió el cielo como un gigantesco tridente fantasmagórico, e inmediatamente restalló un ensordecedor trueno. A Jay le sobrevino un escalofrío.

Su nube inició otro ascenso y, desde allí, observó cómo, al igual que en las obras de *Tolkien*, el negro lo comenzaba a cubrir todo, avanzando inexorablemente y arrasando todo a su paso como una fuliginosa colonia de hormigas guerreras. El inmenso bosque verde se había convertido en un erial negro de humeantes troncos quemados y tierra devastada. Los enemigos de John R eran miles, cientos de miles, y ya estaban llegando al lago.

«No podrá con todos.», pensó con preocupación.

—Le ayudaremos, ¿verdad? —le preguntó a la mujer. Ella emitió una especie de gruñido.

La nube descendió por enésima vez, acercándose de nuevo a John R; quien había dado cuenta ya del resto de jinetes de la avanzadilla. Todas las niñas y las mujeres calvas habían cruzado ya, y su amigo, consciente de la propincua amenaza, había retrocedido hasta obstaculizar el paso del puente, protegiendo de ese modo la isla.

Entonces el tiempo pareció detenerse. Nadie se movía; como si todos ellos hubieran firmado una especie de tregua tácita. El claro ya era negro, cubierto por completo de enemigos a unos metros de la orilla del lago. Desde allí arriba todo era fastidiosamente geométrico.

John R se giró hacia la isla para gritarles a las mujeres que cortasen las cuerdas que sujetaban el puente, y en ese mismo momento, entre los *orcos* se abrió un pasillo frente a su amigo. A través del pasadizo de *orcos*, surgió una inmensa mujer calva con armadura musculada tan negra como la noche, avanzando en dirección a John R. La imponente mujer medía alrededor de dos metros de altura por uno de hombros, con piernas

de elefante y brazos como jamones. Bajo sus ojos lucía un par de manchas negras, y por detrás de su cabeza sobresalía una larga empuñadura. Definitivamente su aspecto era temible.

La enorme guerrera calva se detuvo frente a John R, sonrió perversamente y desenvainó su inmenso espadón con una sola mano. La larga y ancha hoja era también negra, pero de un negro extraño. En realidad, el lugar que debía ocupar la hoja parecía vacío, como si allí no hubiera nada...; ni siquiera la luz se reflejaba en ella. La hoja de aquel espadón era de un vacío negro aterrador. Al lado de aquella bestia su amigo parecía un niño con una espada de juguete. Aquella mujer no aguardó mucho tiempo en atacar. John R detuvo el primer golpe, el segundo y el tercero. El cuerpo de su amigo vibraba sacudido por cada mandoble de su rival, de una fuerza descomunal. Se veía obligado a detener golpes sin poder lanzar ninguno, no obstante, John R parecía estar estudiando a su rival. Hasta que, localizando quizá algún punto débil en su oponente, se lanzó contra ella como un relámpago, agachando ágilmente su cuerpo y lanzando una única estocada ascendente. La mujer se quedó inmóvil unos instantes... y, prácticamente a cámara lenta, la mitad superior de su cuerpo comenzó a deslizarse diagonalmente hacia el suelo..., separándose, por fin, el tronco a un costado y su parte inferior al otro.

Pero allí había algo raro... En esta ocasión no hubo sangre. Ni negra ni roja, algo bastante extraño tras aquel tajo... Si bien, no tanto como que al tronco de la gigante seccionada le brotaran piernas y a las piernas le brotara un nuevo tronco, con nueva cabeza incluida. Ambas gigantes calvas se pusieron en pie. John R insistió, rogando a las mujeres de la isla para que segaran las sogas del puente. Pero, al parecer, estas no disponían ni de un triste cuchillo.

Una de las mujeronas volvió al ataque. John R continuó defendiéndose con bastante éxito; sin embargo, desde su posición, Jay podía oírle resoplar y se le veía bastante cansado, con lo que su contrincante le provocaba ya serios problemas. Afortunadamente para su amigo la segunda gigante simplemente observaba el combate. A Jay le pareció como si John R y la mujer protagonizaran un baile, una prolongada danza sincronizada. Un paso hacia acá, otro paso hacia allá; un golpe acá, otro allá... La coreografía se prolongó y John R se agotaba más y más..., bajando su guardia más y más...

Entonces todo sucedió muy deprisa. Sin que su amigo reparase en ello, la gigante que no había intervenido se situó detrás de John R y, sin compasión alguna, le atravesó coraza, carne, órganos, carne y coraza; brotando aquella hoja de negro vacío de su tripa.

—¡Noooooooooooo! —aulló Jay desde la nube, poniéndose en pie de un

salto.

John R soltó su espada y aferró con ambas manos la hoja que le surgía del vientre. Jay pudo ver como de la comisura de los labios de su amigo manaban hilillos de sangre que caían sobre su pecho y se escurrían formando regueros por su blanca coraza. La gigante que estaba frente a él, impertérrita, le ensartó el pecho con su enorme espadón. John R lanzó un chorro de sangre por la boca sobre los negros guanteletes de su agresora... Pero aquellas bestias no habían tenido suficiente y comenzaron a ensañarse con el sangrante y agónico cuerpo de John R.

—¡Ayúdale! —le gritó Jay a la mujer—. ¡Vamos! ¡Lo están matando!
¡Ayúdale! ¡Lo están matando!

—No puedo, cielo —se lamentó contrita—. Tan solo puedes ayudarle tú, Jay... Es lo que quería que entendieras, cariño. Solo tú puedes salvar a John R.

Entonces, sin pensar muy bien en lo que hacía, Jay saltó de la nube para socorrer a su amigo. Su intención era lanzarse sobre alguna de aquellas bestias calvas de negro, pero en lugar de eso, Jay comenzó a caer hacia arriba. Al parecer, en aquel momento, a la gravedad le apeteció comenzar a jugar con él. Jay subía, subía y subía... Y observó cómo el lago se volvía negro, la isla se volvía negra y todo a su alrededor se volvía negro, negro, negro...

Jay Baen empezó a recuperar el sentido en lo que solo podía ser la habitación de un hospital. Se hallaba empapado en sudor y notaba algo en su brazo derecho, una ligera presión. No sabía cómo había llegado allí... Recordaba estar en Suiza, recordaba haber madrugado para ir a filmar al CERN, recordaba estar filmando en el LHC, pero no recordaba nada más.

Miró a su alrededor. La habitación, iluminada únicamente por la tenue luz de vigilia del cabezal de su cama y por el monitor del televisor colgado en la pared frente a él, era pequeña, aunque no mucho. Disponía de una butaca de piel negra a su derecha, y algo más allá se veía un pequeño recibidor con dos puertas; la de entrada y la de lo que supuso que debía ser un pequeño lavabo. La pared frente a él, bajo el televisor, estaba forrada con paneles de madera chapada en color crema suave o marfil. A su izquierda, ante donde reposaba una mesilla de noche con ruedas de las que hacen sus veces de mesita para comer, se alzaba un metro de pared crema; y desde ahí, casi dos metros de ventanal que daba al exterior.

Allí, junto a la ventana, vio a una mujer vestida con traje-chaqueta oscuro, observando a través de la vidriera. Estaba seguro de que no la conocía... y por el traje y su porte, Jay pensó que debía tratarse de una ejecutiva, abogada o política. La mujer contemplaba pensativa la noche; si bien, en aquel momento, apartó su vista de la ventana para posarla en el

smartphone que sostenía. Seguidamente, comenzó a pulsar frenéticamente con los pulgares sobre la pantalla del dispositivo.

—*Allô? Mademoiselle?* —sollozó Jay con su horroroso francés, aún algo aturdido. La mujer dio un pequeño respingo, sorprendida por el débil sonido de su voz.

—¡Oh! ¡Buenas noches, señor Baen! ¿Cómo se encuentra? —saludó ella en un perfecto inglés, al tiempo que caminaba en su dirección.

La voz de aquella mujer era media, su estatura media, su complexión media, su cara media y su peinado horrible.

—Estoy en un hospital —afirmó Jay. Alzó levemente su brazo derecho y relacionó su sensación de presión con la férula termoplástica azul que envolvía su antebrazo—. ¿Sigo en Suiza?

—Sí. Está usted en el *Hôpital de la Tour*, en Meyrin. Ha sufrido un accidente, señor Baen —dijo la mujer, circunspecta—. Pero..., discúlpeme un instante, por favor —se excusó dirigiéndose ya hacia la salida—, será mejor que informe de que usted se ha despertado.

Al otro costado de la puerta, Jay pudo distinguir la ancha espalda de un corpulento hombre vestido también con traje oscuro y que portaba un auricular en su oreja izquierda.

«¿Tiene un guardaespaldas o me custodia a mí? ¿Quién coño es esta tipa?»

—Se ha despertado. Da aviso... —Fue lo único que Jay escuchó decir a la mujer antes de que esta entornara la puerta.

Cuando la entrajada regresó de nuevo a la habitación, Jay tenía la cara desencajada y señalaba con su maltrecho brazo hacia el silenciado monitor de televisión; en el cual emitían un flash informativo.

—¡Es el LHC! —exclamó Jay, horrorizado.

—Sí —respondió la mujer con cierto pesar.

—¿Qué ha pasado?

—Aún no se sabe, señor Baen... Pero ha sido grave.

—¡John R! —clamó Jay bruscamente—. ¿Dónde está John R?

—Debe descansar, señor Baen —le dijo la mujer como si no hubiera escuchado la pregunta en tanto se hacía con el mando a distancia. Se giró

hacia el televisor y apagó el aparato.

—¿Quién es usted? ¿Y dónde está mi compañero? —inquirió incorporándose algo más en la cama. Jay empezaba a perder la paciencia—. ¡Quiero saber...

La repentina apertura de la puerta de la habitación y la molesta luz de los fluorescentes interrumpió sus pesquisas. Cruzando el umbral apareció una mujer con bata blanca y una sonrisa en el rostro. De pelo corto, moreno y peinado a lo *garçon*. Su tez era blanca y delicada; sus ojos, color avellana; y sus labios, estrechos y tersos. Era delgada y no muy alta. Su desabotonada bata revolaba a su alrededor al caminar, y bajo esta lucía tejanos gastados y una camiseta rosa oscuro de la que surgía un esbelto cuello. La mujer se detuvo junto al lecho.

—¡Buenas noches! Soy la doctora Delannoy —anunció en un coqueto inglés afrancesado. Seguidamente dirigió su atención hacia la mujer del peinado espantoso—. Discúlpeme, *madame* —le dijo—, pero deberá usted aguardar fuera durante la visita.

—Por supuesto —respondió aquella mujer con elegancia. La entrajada saludó con un gesto de cabeza, y se dirigió hacia la salida.

—¿Cómo se encuentra, *Monsieur* Baen? —quiso saber la doctora con una sonrisa que dejó al descubierto su perfecta dentadura.

—Pues, la verdad..., no estoy en mi mejor momento, doctora —respondió—. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí; no conozco a esa mujer de nada; ha habido un accidente... y temo por la vida de mi compañero —recitó Jay, turbado.

—Entiendo... —respondió la doctora—. Pero todo a su debido tiempo, *¿oui?* Esta noche tan solo debería preocuparse de usted mismo, *Monsieur* Baen. Para afrontar lo que sea que haya pasado, necesitará usted recuperar fuerzas —añadió—. Voy a realizarle una rápida exploración, para que pueda ponerse al día de todo con la mayor prontitud... Pero una puesta al día rápida, ¡eh! —le advirtió—. Lo que usted precisa ahora es descanso, *¿okay?* —Jay asintió con gesto resignado.

La doctora comenzó efectuándole un examen de su respuesta visual con una pequeña linterna que extrajo del bolsillo del pecho de su bata, al tiempo que le hacía las típicas preguntas para determinar sus respuestas cognitivas.

—Siga usted la luz con la vista, *monsieur*. ¡Muy bien! ¡Así! ¿Experimenta usted visión doble?

—No.

—¿Algún grado de cefalea?

—¿Dolor de cabeza...? —dijo en voz alta para asegurarse—. Pues... no, no. Desde que he despertado no.

—Muy bien —apuntó la doctora Delannoy sonriente—. Esa es una buena noticia. ¿Qué es lo último que recuerda, *Monsieur* Baen?

—Bueno..., mmm..., estábamos en el LHC... —Reparó en que sus recuerdos eran tan nítidos como una lente pringosa—. Estaba con mi compañero John R... Filmando unas tomas en alta velocidad para el documental que estamos realizando —expuso dubitativamente, en tanto la doctora comprobaba sus oídos con un metálico otoscopio que Jay creyó que era de hielo.

—Recuperará el cien por cien de la audición en un par o tres de días. ¿Recuerda algo más? ¿Cuál es la última imagen que tiene usted de antes de despertarse aquí?

—Bien... —comenzó Jay—, recuerdo estar con John R, cruzando a uno de los pasillos mientras repasábamos el trabajo. ¡Sí... ya me acuerdo! —exclamó realizando ligeros gestos de asentimiento con la cabeza—. Se me cayó mi libreta de apuntes al suelo, me agaché a recogerla... y vi... no sé... —Trataba de recordar, pero no estaba del todo seguro. Tenía los recuerdos desenfocados, borrosos e imprecisos—. Vi como un fogonazo, oí un ruido sordo y... Y eso es todo. No recuerdo nada más. Lo siguiente ha sido despertarme aquí. —«¡A lo mejor ella sabe algo de John R!», se le ocurrió de repente—. Por favor, doctora Delannoy. ¿Sabe usted algo de mi compañero? Se llama John Ramon, es americano. Metro setenta y cinco; pelo castaño claro, liso; ojos azules; más bien guapo... ¿Está en este hospital? No deben haber muchos americanos en este hospital, ¿verdad? —La angustia de Jay era palpable.

—Pues no lo sé, *monsieur* —respondió la doctora—. En urgencias no lo creo. Yo lo sabría. Pero podría estar en otro hospital; en el quirófano...; o puede que su amigo esté en la cafetería tomando un té —dijo con aquella frialdad de los médicos—. Lo que debe hacer ahora es descansar.

La doctora Delannoy hizo una pausa mientras extraía una tablet de un bolsillo lateral. Pulsó repetidas veces sobre la pantalla del dispositivo, se detuvo con el dedo alzado un segundo... y finalmente golpeó una última vez la pantalla. En un movimiento fluido hizo desaparecer la tablet en el interior de su bata, y, al parecer, dio también allí por concluida la exploración.

—Bien, *Monsieur* Baen... —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos de la bata y llevándolas al frente—. Ha sufrido usted una conmoción cerebral que, tras el escáner, ha revelado no ser preocupante; una fractura limpia en el radio de su brazo derecho; dos laceraciones en el rostro que han sido suturadas —anunció acercando una mano a los apósitos que Jay lucía en la cara—; un leve desgarró en el tímpano derecho y unas cuantas abrasiones leves más... ¡Hoy ha tenido usted mucha suerte, *monsieur*!

—Pues a mí no me lo parece —gruñó Jay.

—¡Sí! Créame, *monsieur*. La ha tenido —insistió ella.

Aquella insistencia le hizo pensar si la mujer no sabría más de lo que decía, y en su mente apareció la imagen de John R sepultado por toneladas de escombros. A Jay se le erizó el vello de la nuca.

«No. No puede estar muerto.», trató de convencerse a sí mismo.

—Bien, le dejo descansar —anunció la doctora—. Mañana, a primera hora, le someteremos a otro escáner cerebral para descartar cualquier posible complicación... y repose, *Monsieur* Baen —añadió—. Dentro de un rato le traerán la cena y una píldora, tómesela... ¿*Okay*? Le ayudará a descansar —apuntó, señalándole con el índice mientras sonreía—. ¡Buenas noches, *Monsieur* Baen!

—Gracias, doctora. ¡Buenas noches!

Pero antes siquiera de que la médica empuñara el pomo de la puerta, Jay reclamó su atención.

—Doctora Delannoy, por favor —dijo—. Si durante el transcurso de su guardia tuviera conocimiento de cualquier cosa relacionada con un paciente llamado John Ramon, ¿sería usted tan amable de hacérmelo saber?

La mujer asintió con un lento movimiento de cabeza y una sonrisa forzada, y la puerta se cerró tras la bonita doctora... Para reabrirse a los cinco segundos, entrando de nuevo en la habitación la mujer gris del traje-chaqueta oscuro.

«¿Otra vez?», pensó con fastidio.

La mujer cruzó en silencio toda la estancia hasta colocarse a un costado de la cama, a su izquierda.

—Señor Baen, debí haber comenzado por presentarme... —se disculpó—. Mi nombre es Danna Straittlin, y me hallo aquí en calidad de embajadora

de Estados Unidos en Suiza —anunció brindándole su mano izquierda.

«La embajadora, ¿eh...? —pensó—. Esa no es excusa para llevar el peinado de *Margaret Thatcher*.»

—Es un placer conocerla, embajadora —dijo, pensando que no era ningún placer y encajando su mano útil con la de la diplomática—. Señora embajadora, sea sincera, ¡por favor! ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mi compañero? ¿Ha muerto? ¿Está grave? ¿Y los demás? ¡Necesito saberlo! ¡Por favor! —A Jay solo le faltó arrodillarse ante ella.

—Verá... ¿Puedo llamarle Jay?

—Claro, claro.

—Jay, no le puedo facilitar mucha información. No porque no quiera dársela, sino porque aún no disponemos de ella. —Su tono era sereno y transmitía calma—. No sabemos qué ha ocurrido. Lo único que sabemos con seguridad es que ha habido una gran deflagración. Todavía se está investigando lo sucedido, pero desde el primer momento se están buscando a los desaparecidos. —La mujer rodeó el lecho en dirección a la butaca—. No sabemos nada del señor Ramon, así como de al menos quince personas más, si bien...

—¿Cómo es posible que no se sepa nada de dieciséis personas? —le interrumpió Jay, atónito—. ¿Es que se ha hundido el túnel? ¿Tantos desperfectos se han producido? ¿Ha habido muertos? ¿Hay muchos escombros? ¡Puede que estén enterrados con vida! —clamó Jay histérico.

—No puedo responder a todas sus preguntas, Jay, pues no conozco todas las respuestas —contestó la embajadora al tiempo que tomaba asiento en la punta de la butaca—. Intente tranquilizarse hasta que haya alguna novedad más..., sea en el sentido que sea —añadió—. Me mantengo en constante comunicación con el grupo de rescate. La investigación oficial ha comenzado hace unos pocos minutos, tras la recopilación de los primeros datos. Pero sí, señor Baen. Respondiendo a una de sus preguntas; hasta el momento se han hallado e identificado tres víctimas mortales.

—¿Quiénes eran? —inquirió ansioso.

—Dos ingenieros; Jarkowski y Moreau... y el doctor Alexey Turimov —anunció.

«¡Mierda puta! ¡El doctor Turimov estaba con nosotros!» Jay comenzó a temblar.

—Embajadora, ¡mi móvil! ¡Tengo que llamar a John R! ¿Sabe usted donde están mis cosas? —imploró.

—Jay, desde el primer momento, no hemos dejado de intentar ponernos en contacto con los teléfonos de los desaparecidos, así como de rastrear sus terminales... sin éxito.

—¿Qué significa eso?

—No significa nada más que sus teléfonos no están operativos —dijo—. Y que, por el momento, estos son inútiles para su localización —añadió—. Por cierto, Jay..., ¿necesita que contactemos con alguien en Estados Unidos? ¿Con algún familiar suyo? Es nuestro trabajo —señaló la embajadora.

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. No tengo..., mmm..., o sea, mi única familia es John R —apuntó. Lo que le hizo recordar—. ¡Polly...!

—¿Polly? —repitió la mujer—. Disculpe, pero ¿quién es Polly?

—Es la esposa de John R... Y también tiene un hijo: Paul —reveló abatido—. Pero... la verdad, embajadora, ahora no me veo con fuerzas para hablar con Polly... y menos aún sin saber nada de John R.

—No se preocupe, Jay. Yo personalmente he informado a la esposa del señor Ramon—anunció la Straittlin—. Nosotros la conocemos como Mary Ramon-Lepsey...

—¿Cómo está? —preguntó de inmediato.

—Devastada, pero serena.

—Sí. Puedo imaginármelo —apuntó, compartiendo la angustia que debía estar sufriendo su amiga en aquellos momentos.

De repente la puerta se abrió de nuevo, y tras ella apareció una enfermera con cara de no haber ido al baño en una semana, sujetando una bandeja en sus manos. Sin pronunciar una palabra, se dirigió hacia el carrito-mesilla, depositando allí la bandeja. Entonces, a una velocidad endiablada, la enfermera ladró algo en francés; para acto seguido, y sin mirar a nadie, encaminarse hacia el ventanal.

—¿Qué? —Jay no había entendido una palabra.

«..., ya me voy.», fue lo único que pudo deducir del francés de la embajadora. La enfermera con cara de *pit bull* pulsó el interruptor que había a un costado del ventanal, iniciándose el parsimonioso cierre de la

persiana abatible.

—Bien, me invitan a irme, Jay —anunció la Straittlin al tiempo que la enfermera abandonaba ya la estancia—. Descanse. Mañana volveré para ver cómo se encuentra. Dicen los doctores que quizá le den el alta mañana mismo... y seguro que para entonces dispondremos ya de más datos.

—Embajadora... —Jay agarró el brazo de la mujer con firmeza antes de que esta pudiera alejarse—. Si hubiera algún tipo de novedad me avisará, ¿verdad? —suplicó—. ¡A cualquier hora!

—Se lo prometo, Jay, se lo prometo —respondió la embajadora dando palmaditas a la mano que la aferraba. Él soltó la presa, y la Straittlin dio un paso atrás—. ¡Buenas noches, señor Baen! Nos vemos mañana.

—¡Buenas noches, embajadora! —dijo él, poco antes de ver a la mujer desaparecer tras la puerta.

Jay tomó el mando a distancia y encendió de nuevo el televisor. A continuación, no sin dificultades, arrastró el carrito-mesilla hasta su altura, y retiró la tapa de la bandeja descubriendo su cena. Judías verdes y patata hervida de primero; un muslito de pollo con cebolla y zanahoria de segundo; más botella de agua, manzana y un yogurt.

«Mataría por un chuletón de Nebraska, una montaña de patatas fritas y una jarra XL de cerveza helada.», declaró para sus adentros al pinchar con el tenedor la primera de aquellas aburridas judías. Junto al tumbado botellín de agua, distinguió una pastillita naranja depositada en el interior del menudo vasito de plástico.

Comenzó a dar cuenta de su insípida cena mientras le echaba una ojeada distraída al canal de noticias que estaba sintonizado en aquel momento. Cogió de nuevo el mando a distancia y subió el volumen del televisor.

"«... informaciones no contrastadas. Actualmente, siendo los datos de los que disponemos aún provisionales, el número de víctimas mortales ascendería a la terrible cifra de diecinueve personas..., y aunque todavía no se han hecho públicas sus identidades, podemos avanzar que habrían entre ellos miembros de hasta doce países; como mínimo.

Por último, deben ustedes saber que el comunicado oficial del CERN, anunciado para hace veinte minutos, ha sido pospuesto nuevamente. En esta ocasión hasta las veintidós horas.

Jeffrey Collins, 7TV, Ginebra.»

«Gracias, Jeff. En cuanto dispongas de cualquier otra novedad no dejes de pedirnos paso.

Bien, señoras y señores, ya lo están viendo ustedes... Lo que comenzó como la realización de un documental divulgativo sobre la puesta en máximo rendimiento del mayor experimento de todos los tiempos, el Gran Colisionador de Hadrones, ha acabado en una de las peores tragedias de la historia de la comunidad científica. En el centro mundial de la física de partículas, el CERN en Suiza.

A continuación tendremos en directo desde Honolulu al líder de la Asociación Mundial Anti-LHC, el señor Werner T Waldon. Tras dos minutos de publicidad, escucharemos cuál es la opinión de los anti-LHC sobre este incidente, que, ya les adelanto, no se tratará de una opinión timorata en absoluto... Entre otras muchas cuestiones, le preguntaremos al señor Waldon si ellos se temían algo así; o si algo aun peor está por venir...

No se retiren, regresamos en dos...»

Jay ya había tenido suficiente sensacionalismo aquella noche. Con un movimiento despectivo de muñeca cambió el canal. No tuvo claro si el causante fue aquel estúpido presentador pero la cabeza comenzó a dolerle de nuevo. Tras un breve *zapping*, dejó sintonizado un documental de naturaleza que casualmente comenzaba en aquel momento: *«Wild Russia - The Secret Forest»*. Aquella serie documental ya tenía unos años y la narración estaba doblada al francés, pero a Jay aquello le dio lo mismo. En primer lugar porque ya había visto la serie con anterioridad, y en segundo porque las imágenes eran tan bellas que no le importó.

«Realizado por Henry M. Mix —recordó—. ¡Qué bueno es...! Un poco creído... pero muy bueno.»

El episodio andaba aún por la mitad cuando Jay dio por concluida la cena. Se tomó la pequeña pastilla que le había prescrito la doctora Delannoy, y empujó el carrito a un lado. Cuando concluía ya el documental, la enfermera con cara de estreñida entró de nuevo en la habitación, recogió la bandeja con los despojos de su cena y se marchó sin decir una sola palabra.

Sintió que su cuerpo necesitaba descanso; al igual que su mente. El dolor de cabeza no cesaba. Hizo descender la sección reclinable de la cama y apagó el televisor, quedando como única iluminación de la estancia la suave luz de vigilia. Tumbado por completo clavó su vista en el penumbroso techo.

«¡Menudo puto día de mierda!», reconoció.

A los pocos minutos, Jay Baen había caído rendido.

No supo cuanto tiempo hubo pasado, pero despertó con un intenso dolor de cabeza y con la sensación de que no estaba solo. No lo estaba. A su lado, de pie, se hallaba la mujer con la que había soñado hacía unas pocas horas. Con sus diáfanas sedas, su lustroso brazalete y su calva cabezota.

—¡Hola, cielo! —saludó en un murmullo la voz de su abuela.

Jay miró a su alrededor. Seguía en la habitación del hospital... La televisión; el mando a distancia; la butaca; el carrito-mesilla; la luz de vigilia... ¡Todo era tan real!

—No estoy soñando —afirmó Jay—. ¡Existes de verdad!

—Sí. Aquí y ahora —susurró ella al tiempo que elevaba su brazo derecho, aquel en el que llevaba su gran brazalete, y le apuntó con el puño a la cara.

—¡Qué coño! —renegó perplejo—. ¿Pero qué diablos...

No pudo concluir la pregunta. La lengua no le respondía, los labios no le respondían, su cuerpo no le respondía. Jay se hallaba paralizado, mudo..., pero insólitamente receptivo. Aquella mujer lo había inmovilizado de alguna extraña forma. Observó a la calva mujer frente a él, con absoluta pasividad, sin temor alguno.

—No va a dolerte, cariño —musitó la voz de su abuela, y le apuntó de nuevo con su puño.

Jay no escuchó nada más... No vio nada más... Aquella escena que era su vida había finalizado abruptamente en un corte a negro.

Capítulo 5

El Realizador Abrumado

—Voy a serte sincero, Sofia —dijo John R tras un largo silencio—. Aunque no lo aparente, aún estoy en estado de shock.

—Yo diría que, excepto Dietmar, lo estamos todos —trató de consolarle la italiana.

John Ramon permanecía en aquel refugio en compañía de siete de los dieciséis científicos junto a los que había aparecido allí, tras el accidente del LHC. Desde que hubo partido el «grupo de exploración», la doctora Manassero y él habían estado tratando de animarse mutuamente para evitar perder la cordura.

De algo más de metro setenta de altura, Sofia Manassero era una mujer grande. De hombros y caderas anchas y un culo generoso; la científica tampoco andaba escasa de pecho. Su rostro era alargado, de cejas pobladas y con una media melena rizada que le caía sobre los hombros en bucles de color pardo ya con entrelazadas hebras grises. Tenía los ojos castaños, unas pocas y discretas pecas y un curioso espacio interdental entre sus dos palas. La doctora Manassero nunca hubiera ganado un concurso de belleza; pero tenía un «algo» ancestral que la hacía bastante atractiva pese a su edad.

John R miró de hito en hito al doctor Dietmar Wolff, apoyado este con un hombro contra el marco de la ventana y observando el exterior con la mirada perdida.

—Es que no entiendo cómo puede estar tan tranquilo —indicó John R, confuso, sin quitarle la vista de encima al alemán.

—Yo diría que para él esto no es más que otro problema, y debe estar pensando ya en cómo resolverlo —sugirió la doctora Manassero.

—¿Resolverlo? —gruñó John R enderezando el tronco y apretando los puños—. ¡Hemos muerto, Sofia! ¡Estamos muertos! —afirmó con vehemencia.

—¿De verdad, joven? —preguntó repentinamente el doctor Wolff girándose en su dirección. Con ambas manos sobre un macizo bastón nudoso que había tomado del armario, el doble Nobel le obsequió con una

sonrisa sincera—. Entonces dime, ¿pueden los muertos hablar, llorar, gritar o respirar? —En su expresión no había ni rastro de la preocupación, la tristeza o incluso el pánico que se reflejaba en el rostro de casi todos los demás—. Dime, John R, ¿pueden? —insistió el avezado científico.

«¿Es una pregunta retórica o cree que soy estúpido?», se preguntó algo crispado.

—Sabe muy bien a qué me refiero —protestó John R.

—Pues yo creo que todo esto no es más que un maldito montaje y nos están grabando con algún tipo de cámara oculta —soltó el doctor Phil McNamara poniéndose en pie desde la otra punta de la sala, donde llevaba un buen rato sentado junto al doctor Scott en torno a la mesa—. ¡Se van a partir el culo con vosotros, pardillos!

—¿Un montaje? ¿Cámara oculta? ¿Estás ciego, Phil, o qué te pasa? ¿Es que no has visto y oído todo lo que ha pasado? —le replicó a su costado el doctor Scott—. ¿Y cómo coño lo han hecho, Phil? Explícamelo.

—¡Pues bien sencillo! —respondió el americano. Tomó asiento de nuevo, muy erguido—. Nos han disparado con alguna especie de dardo narcotizante y nos han traído aquí para ver nuestras reacciones... Para algún programa de humor o para estudiarnos en un Gran Hermano de físicos... O qué sé yo, Ian... ¿Tienes tú alguna versión de los hechos que encaje mejor con la realidad y no sea una puta locura?

—¡La locura es que estemos aquí haciendo caso a unas jodidas lunáticas que no nos han dicho más que gilipolleces! —estalló abruptamente el doctor Turimov. El ruso llevaba más de media hora caminando nerviosamente de punta a punta de la habitación como una fiera enjaulada—. Si queréis quedaros aquí, allá vosotros. Yo voy a volver a... no sé..., a mi casa.

—Aguarda un momento, Alexey —le pidió el doctor Wolff—. Aquí todos somos científicos... Bueno..., excepto el señor Ramon —matizó el alemán girando la cabeza hacia él y dirigiéndole una mirada de complicidad. John R le devolvió la mirada y se encogió de hombros—. Deberíamos analizar el problema como científicos... ¿no crees, Alexey? —El doctor Wolff sonrió de nuevo.

—Ya os lo he dicho, Dietmar, haced lo que queráis. A mí me han secuestrado y esto no va a quedar así —respondió un cada vez más alterado doctor Turimov. Físico teórico y matemático, el doctor Alexey Turimov era el veterano del grupo; contando ya con sesenta y cuatro años. Era un hombre alto, espigado, de rostro macilento y facciones marcadas. Había llevado gafas, pero aquellas extrañas mujeres se las

habían retirado. Conservaba aún todo el pelo, no obstante, este era más blanco ya que gris. Formaba parte del experimento *CMS*, y no era precisamente célebre por su amabilidad. El ruso se giró encaminándose a la puerta.

—¡Pero han dicho que no podíamos salir de la isla! —exclamó la doctora Aristizábal. El doctor Turimov le prestó la misma atención que al canto de un grillo. La colombiana se puso en pie, e insistió—: ¡Deberíamos permanecer juntos! ¡Y menos aun salir solos! —El doctor Turimov continuó ignorando a la joven y salió al exterior dando un portazo tras él.

—¡Déjalo tranquilo, mujer! —intervino Borgogni—. Solo necesita estar un rato a solas. —Por primera vez desde hacía horas, Alessandro Borgogni había abierto la boca para algo más que no fuera beber agua. De todos modos, el italiano, quien permanecía tendido en uno de los camastros con las manos tras la cabeza mirando las vigas del techo, ni se movió—. Es más —agregó—, creo que todos lo necesitamos. Deberíamos quedarnos un tiempo solos, cada uno por su lado, y pensar individualmente sobre el asunto.

—No es mala idea, Sandro —señaló el doctor Wolff—. Pero será mejor que esperemos a que regrese el resto...; quizá hayan encontrado algún indicio que arroje algo de luz a este misterio. Hasta que no sepamos dónde estamos, creo que sería conveniente seguir el consejo de la doctora Aristizábal, y no salir solos.

—Estamos en Linosa —aseguró el doctor Scott—. ¿Lo has olvidado, Dietmar?

—No lo descarto, querido Ian —respondió el doble Nobel con una sonrisa—. Y, sí. Yo también he escuchado esa parte. Pero, a ciencia cierta, no disponemos aún de pruebas irrefutables de ello. Por tanto, hasta que no las haya, ni siquiera podemos estar seguros de si realmente estamos en una isla. —El alemán parecía disfrutar de la situación—. Espero no ofender a nadie, y sé que para muchos las circunstancias pueden resultar abrumadoras; porque lo son... Pero, si fuera cierto lo que han dicho esas tres mujeres, ¡qué oportunidad única se nos plantea! ¿Os lo podéis imaginar?

—¿Te has vuelto loco, Dietmar? ¿Te estás escuchando? —prorrumpió el doctor McNamara—. ¿Oportunidad única...?

—Por favor, no me malinterpretéis —se disculpó el germano—. Tengo, o tenía, mujer e hijos... El solo hecho de pensar en no volver a verlos me aterra. Pero, si es cierto que hemos muerto, yo prefiero morir de esta manera a ser atropellado por un coche o que me caiga una maceta en la

cabeza y morir de verdad —razonó el doctor Wolff.

—Sí. Morir de verdad es demasiado duradero —apuntó el doctor Scott.

La doctora Aristizábal rompió a llorar de nuevo.

John Ramon se miró a sí mismo de arriba abajo por enésima vez y, por enésima vez, pensó que lo que les había sucedido no podía ser cierto. No podía creérselo... No quería creérselo...

No obstante, su blanca blusa con chorreras, puños de volantes y amplias solapas; el chaleco marrón claro; los calzones pardos; y las altas botas negras que calzaba no dejaban de recordarle en el sinsentido en el que se hallaba metido... Y el aspecto del resto de sus compañeros de accidente no ayudaba en nada a disipar sus recelos. Estaban absolutamente ridículos con aquellas ropas. Sí, a algunos les sentaba algo mejor que a otros, aquello era cierto; pero no por ello dejaba de ser esperpéntico.

«Parecemos malos extras de una mala película de época.», pensó.

El pintoresco refugio en el que hacía unas horas había aparecido aquel accidental grupo estaba compuesto por una sola estancia de una sola planta. Una edificación rectangular de unos veinte metros por otros diez o doce. En el centro de las dos paredes cortas habían dos ventanas acristaladas de madera con sus postigos completamente abiertos que permitían la entrada de gran cantidad de luz en la estancia. Los muros que formaban aquella estructura habían sido levantados con variopintos bloques de piedra de diferentes tonos de ocre, gris y terracota, unidos por argamasa grisácea. El alto techo, a más de tres metros de altura, estaba atravesado longitudinalmente por una gran viga central de oscura madera, casi negra. De esta surgían vigas transversales, más pequeñas, siguiendo la forma del tejado que sostenían. El estilo de construcción de la celda, efectivamente, parecía ser del siglo dieciocho o diecinueve, pero la edificación se veía completamente nueva...

El mobiliario allí era simple, práctico, efectivo. Diecisiete camastros de madera a un lado de la estancia, y al otro una larga y sólida mesa de madera noble de unos cinco o seis metros. Flanqueando la mesa, dos grandes armarios con las puertas y los perfiles repletos de intrincadas tallas y, bajo la ventana de aquel costado, un gran arcón alargado. Todo el moblaje era de estilo neoclásico, y tan nuevo que John R supo nada más verlo que ellos eran los primeros en utilizar todo lo que allí había.

Aquellas estrafalarias mujeres tampoco se habían complicado mucho con la distribución de los muebles. Alineados en dos filas a la derecha de la entrada, los diecisiete camastros; y, a la izquierda, la mesa, los armarios y el arcón. Las diecisiete sillas se hallaban en aquel momento desperdigadas por la sala, si bien alguna de ellas había sido llevada ya en

torno a la mesa.

Sin emitir un solo sonido, una de las recias hojas del portón doble de entrada se abrió lentamente. Los siete miraron en aquella dirección, para observar al doctor Andrew Young acceder a la estancia resoplando y con la frente perlada de sudor, de tal modo que las gotas resplandecían sobre su oscura piel.

—¿Aún estás llorando, Patricia? —preguntó el inglés al ver a la pávida doctora—. Vamos, mujer, intenta calmarte. Necesitamos todos nuestros cerebros al cien por cien —la animó.

—Ha sido Dietmar —señaló alegremente el doctor Scott.

—¿Dietmar? —Al doctor Young se le veía confuso. Enseguida sonrió—. Ese no parece su estilo —dijo—. El doctor Wolff no es de los que hacen llorar a jovencitas.

—Patricia ya se había calmado —apuntó el doctor McNamara—. Pero el doctor Wolff le ha dicho que está encantado con la situación..., que si los muertos..., que si los seres queridos... —John R reparó en que el doctor McNamara le había guiñado un ojo al recién llegado.

—¡Yo no he dicho eso! —replicó el doctor Wolff, dándose cuenta demasiado tarde de que le estaban tomando el pelo.

El resto rieron contenidamente... y hasta la doctora Aristizábal dejó de llorar por un instante y sonrió con timidez entre sollozos. Por un momento dio la impresión de que hubieran olvidado la delirante realidad y se hallaran allí de fin de semana.

—¡Sois terribles! —suspiró el carismático alemán con la cara del que acaban de jugársela.

—¿Dónde está el resto del grupo, doctor Young? —quiso saber John R enfrentando al inglés—. ¿Qué habéis descubierto? ¿Podemos salir de aquí? ¿Es cierto lo que nos han dicho esas tres mujeres?

—¡Vaya, una buena batería de preguntas! —exclamó el doctor Young—. Y deja de llamarme doctor Young, por favor. Llámame Andrew... que ya no estamos en el LHC —añadió despreocupado—. Veréis, nos hemos dividido en dos grupos... —prosiguió el inglés—, bueno..., en realidad en tres. Assailly nos ha dicho que no nos preocupáramos por él, que sabría encontrar el camino de vuelta, y se ha marchado solo.

—¿Crees que eso ha sido prudente? —le preguntó algo inquieto.

—Ya es adulto, John R —replicó el doctor Young—. Además, si Stéphane Assailly quiere irse solo, se va solo. Ya lo conoces.

En aquel momento, procedentes del exterior, y cada vez más próximas, se hicieron claramente audibles múltiples voces. John R supo que se trataba del grueso del «grupo de exploración», de regreso. Alguno de ellos accedió al refugio en silencio, pero la mayoría lo hicieron charlando entre ellos y en medio de bromas y sonrisas. Le pareció que la caminata y el aire fresco les había sentado bien, aparentando hallarse bastante recuperados del mal trago de hacía unas horas.

«Igual debería salir un rato a que me diera el aire.», pensó.

Con aquellas estúpidas ropas y encabezando la comitiva iba el doctor Díaz flanqueado por su colega Larsoli; seguidos ambos por los doctores Gjertsen, Rasool y Yamada.

—¡Ieee! —saludó el doctor Díaz nada más entrar—. ¿Está ya lista la cena?
—Rió.

—El doctor Young... —comenzó a decir John R—; o sea..., Andrew iba a contarnos que...

—Sí, sí —le interrumpió el argentino—. Andrew iba a contarnos que, efectivamente, estamos en una isla —anunció sonriente—. Pequeña, de cuatro a seis kilómetros cuadrados. Volcánica. Con un pequeño cráter en uno de sus montes...

»Y que, por lo que hemos podido observar, y según confirma Pietro, tiene toda la pinta de que sí: estamos en el Mediterráneo —añadió el doctor Díaz mirando al doctor Larsoli en busca de aprobación—. Hemos visto algarrobos, olivos y cactus... Pero, salvo aves marinas, insectos y alguna que otra lagartija, no hemos visto ningún otro animal del que debamos preocuparnos. Y, por supuesto, ninguna persona —apuntó enfatizando el «por supuesto»—. No hemos llegado a inspeccionar el cien por cien de la isla, pero ciertamente parece deshabitada. Como nos han dicho esas mujeres...

La entornada puerta se abrió nuevamente. Con rostros menos sonrientes que los de sus colegas, entraron en el refugio los rezagados doctores Thorsten Kræsing, quien parecía ir pisando huevos; y Arundhati Shuari, que insólitamente lucía un rostro algo mustio.

El día en que John R abrió el archivo *pdf* del informe de la doctora Arundhati Shuari que le había facilitado Jay, tuvo que preguntarle a su amigo si no habría habido algún error con la fotografía de la científica que acompañaba el informe. Cuando vio la foto, había pensado que aquella imagen debía haberse traspapelado... No era que John R tuviera en su

mente un estereotipo de rostro para las científicas, sin embargo, el de la doctora Shuari no le cuadraba en aquel contexto.

Su piel era del color del caramelo claro, su rostro ovalado, con tremendos ojos almendrados, ojos de latitudes más orientales que los indios... Unos profundos, melancólicos y oscuros ojos del color de la miel de macadamia, con unas cejas perfectamente perfiladas y que fluían en ligera curva ascendente, para acabar decayendo más allá de sus ojos. Poseía una encantadora naricilla de botón, altos pómulos afilados y delicados y sensuales labios; carnoso el inferior, y sutilmente respingón el superior. Y todo aquel deleitoso semblante coronado por una cabellera de lacio pelo tan negro y brillante como el ónice, echada hacia un costado.

—¿Qué...? —se había burlado Jay aquel día—. Has flipado, ¿no?

—¡Joder! —exclamó impactado—. ¡Menudo...

—... ¿currículum? —había finalizado Jay la frase por él.

—Sí. Eso también.

Aquel día, lejano ya, Jay había bromeado; pero Jay había estado en lo cierto. A sus treinta y tres años, como una especie de niña prodigio que había sido, la doctora Shuari poseía un currículum impresionante... Un currículum como el de la doctora Shuari era asombroso, si bien no único. Un currículum como el de la doctora Shuari con una belleza como la de la doctora Shuari sí lo era.

Cuando John R conoció en persona a la india se sorprendió de su casi metro setenta, pues se la había imaginado un palmo menor; así como de su dulzura y simpatía. No obstante, lo que no le sorprendió fue su grácil belleza, la cual deslumbraba por donde pasaba. La negra melena que había visto en la imagen del informe solo era una tercera parte de su longitud real. Aquella catarata azabache le caía por la espalda cubriéndola prácticamente por completo. La doctora Arundhati Shuari era la viva imagen de las excelencias de la mezcla racial y cultural. Una maravilla del mestizaje. India de nacimiento, filipina por vía materna y estadounidense de adopción, aquella mujer era una bomba tanto genética como epigenética.

Tras vaciar de un largo trago el contenido del botellín de agua que llevaba consigo, e ignorando la entrada de sus dos compañeros, el doctor Larsoli dijo:

—Cuéntales lo de las ruinas, Andrés.

—Sí, bueno... —señaló el doctor Díaz haciendo un gesto desdeñoso con la

mano—. Hemos encontrado unas viejas ruinas... Nada destacable.

—¿Nada destacable? —objetó el vozarrón del doctor Rasool—. Quizá para ti no lo sea, pero es un dato, cuanto menos, relevante —añadió el corpulento científico tomando asiento en uno de los camastros—. Veréis —prosiguió el holandés—, hemos encontrado unas construcciones arcaicas que tienen toda la pinta de ser un antiguo asentamiento romano..., o puede que anterior. Y en su interior hemos visto restos de vasijas y ánforas rotas. También hemos visto un antiguo sistema de abastecimiento de agua que sigue estando excepcionalmente bien conservado. Muy extraño que algo así esté de esa manera..., muy extraño.

—¿Qué quieres decir, Godewyn? —quiso saber la doctora Manassero.

—Que un antiguo asentamiento romano, o lo que sea, habría sido investigado, catalogado, restaurado y dispuesto para su exhibición por un equipo arqueológico —respondió—. ¿No creéis?

—Otra pregunta interesante... —añadió el doctor Larsoli, sin dar tiempo a nadie a responder la del holandés—: ¿Una isla como esta en pleno Mediterráneo y deshabitada en el año 2015?

Ambas preguntas quedaron en el aire... Las respuestas eran obvias, y todos ellos sabían lo que aquello significaba.

«Parece que la locura se confirma.», se dijo John R con resignación.

El silencio reflexivo del refugio se tornó gélido. El doctor Wolff hizo ademán de tomar la palabra... En lugar de eso acomodó su bastón bajo el brazo, cruzó la estancia y tomó asiento junto al doctor Kræsing, quien trataba de quitarse una bota trabajosamente.

—¡Tengo los malditos pies destrozados! —se quejó el danés apretando su cuadrada mandíbula—. Voy a tener más ampollas que un tratamiento capilar.

John R se compadeció del doctor Kræsing. Él había permanecido en el refugio, sentado la mayor parte del tiempo, y le dolían los pies una barbaridad... El danés había estado caminando durante horas por terreno irregular, calzando botas nuevas y, por la propia experiencia de John R, elaboradas estas a partir de una horma simétrica.

«Aquí tendremos que acostumbrarnos a muchas cosas —pensó—. A las botas, a la ropa, a la comida... y sobre todo a la compañía.»

Una compañía que hubiera sido la última que John R hubiera escogido si le hubieran hecho nombrar a dieciséis personas para llevarse a una isla desierta. Y lo peor de todo era saber que el resto se hallaba allí por su

inteligencia, pero él no era más que un daño colateral.

«Aunque... si hubiera tenido el accidente con dieciséis idiotas —razonó John R—, ahora mismo estaría muerto.», hubo de reconocerse.

Para su eventual estancia allí, aquellas extrañas mujeres habían dispuesto toda la ropa en el inmenso armario de la pared sur; repleto este de prendas y más prendas. La gran mayoría eran de hombre. Aun así, había también una muy buena cantidad de ropa femenina. Las baldas, cajones, repisas y colgadores rebosaban de blusas, chalecos, jubones, corbatas (o más bien pañuelos), calzones ajustados, calzones menos ajustados, calzas, medias, camisas interiores, casacas, fracs, abrigos, levitas, chupas, redingotes, boleros, bastones, sombrillas, chambergos, sombreros de copa, sombreros de paja, bicornios, tricornios, guantes, mitones, túnicas, vestidos, chales, pañuelos, pañoletas, capotas, tocados, corpiños, ligas, enaguas, cotillas y algún que otro elemento más del que John R desconocía tanto su función como su nombre. No cabía duda de que todo aquel vestuario pertenecía a la moda de finales del siglo dieciocho-principios del diecinueve como habían asegurado aquellas tres extravagantes mujeres horas antes.

Frente al armario de la ropa, al otro lado de la mesa, estaba situado su gemelo al que ya habían comenzado a llamar «el armario de los suministros»; conteniendo este toda la comida de que disponían allí. John R había descubierto que dicha comida tenía más aspecto de pastillas de caldo concentrado que de alimento convencional. Había alrededor de una cincuentena de paquetes transparentes de aproximadamente el tamaño de un *pack* de diez DVD, llenos estos a su vez de pequeños cubitos del tamaño de terrones de azúcar; y ubicados todos ellos en la mitad superior del armario.

En cuanto al sabor de los cubitos, había tres tipos: salado, dulce y chocolate. En realidad los sabores no eran nada malos. Es más, los tres estaban muy buenos y, ciertamente, estos eran altamente «saciantes». A los cuatro o cinco minutos de que John R hubiera ingerido uno de los cubitos, la sensación de estar lleno le fue evidente.

La mitad inferior del armario de suministros estaba repleta de recipientes con agua. Eran aproximadamente de la misma capacidad que los botellines de agua estándar, sin embargo, al igual que las pastillas alimenticias, también con forma de cubo; lo que hacía su almacenaje cien por cien eficiente. El centro de una de las caras del cubo de aquellos botellines disponía de una pequeña pestaña gracias a la cual, al tirar de ella, se extraía de su interior una menuda prolongación retráctil, formándose un corto cuello corrugado. Una vez expuesto el cuello del recipiente, era sencillo desenroscar el fino tapón. Tras la obtención del líquido, tan solo se precisaba presionar de nuevo el cuello del envase,

retornando el contenedor a su forma de cubo original.

Tanto la comida como el agua, estaban envasados en algún tipo de plástico o similar, transparente y sin ninguna clase de inscripción o etiquetaje. Por último, en aquel armario también habían una gran cantidad de velas, cajas de fósforos, pastillas aromatizadas de jabón de sosa y ropa de cama.

El calzado que les habían proporcionado aquellas mujeres había sido depositado en el gran arcón de nogal con asideros de hierro y zócalo decorado en forma de compleja cenefa. Botas negras y bicolor, zapatos masculinos y femeninos, sandalias, escaarpines y polainas ahora reposaban revueltos en el interior del robusto mueble rojizo.

Nada más había en los armarios, en la sala o en las desnudas paredes. No disponían de ningún tipo de cocina, estufa o chimenea. La edificación tampoco poseía ningún reservado, lavabo, excusado o servicio.

«Si sientes la llamada de la naturaleza, literalmente debes ir hasta ella para encontrar alivio.», había pensado John R al darse cuenta del detalle.

—¿Y, Alexey...? —preguntó repentinamente el doctor Gjertsen. Al parecer el noruego había sido el primero en echar en falta al doctor Turimov—. ¿Dónde está?

—¡Se ha ido! —exclamó la doctora Aristizábal con expresión turbada, como esperando no ser culpada por ello—. Le hemos insistido para que no se marchara solo, pero no nos ha hecho ni caso. ¿No os habéis cruzado con él cuando volvíais?

—No. Debe haber salido por detrás del refugio...; nosotros hemos vuelto por delante —respondió la doctora Shuari. John R observó que los ojos de la india estaban rojos, irritados y ojerosos; por lo que dedujo que esta debía haber estado llorando.

—Tampoco es que a Alexey le pueda pasar nada ahí afuera... —comentó el doctor Wolff en tono receloso—, ¿verdad?

—Yo diría que no —aventuró la doctora Shuari—. Lo único que le puede pasar es que se encuentre con Assailly.

Stéphane Assailly, que formaba parte del equipo del experimento CMS como becario, había preferido explorar aquella isla en solitario. El joven francés, quien parecía obrar magia y conseguir que sus días durasen más de veinticuatro horas, a sus veintidós años, poseía ya un máster en ingeniería mecánica, estaba cursando un doctorado en biología, hablaba ocho idiomas, era especialista en la Grecia clásica y aún le sobraba tiempo para formar parte de una banda de *trip-hop*. Medía poco más de metro

setenta y constitución media. Assailly era un apuesto joven de ojos verdes con facciones tan finas como las de una niña. Su larga melena rubia estaba formada por infinitas rastas que le llegaban a la mitad de su espalda, sujetas con un nudo y formando una voluminosa cola. Tenía fama de hiperactivo y soñador, y durante el transcurso de la producción del documental había trabado una muy buena amistad con Jay.

—Yo creo que por el que deberíamos temer es por Assailly si se encuentra a Turimov —replicó el doctor Scott—. Puede que el ruso se lo meriende...

—La verdad es que el doctor Turimov se ha puesto un poco borde —les explicó el doctor McNamara a los recién llegados—. A medida que pasaban las horas se ha ido poniendo cada vez más nervioso. Al final estaba histérico, parecía un fotón encerrado en una caja de espejos... Y clamaba que había sido secuestrado... —apuntó el americano—. ¡Y no va el tío y dice que se va a su casa...! ¡Hay que joderse!

—Yo lo único que espero es que no se equivoque y en lugar de aparecer en su casa lo haga en la mía... —intervino el doctor Scott—. El pobre se llevaría una desagradable sorpresa al comprobar que mi casa está aún más desierta que esta isla —finalizó haciendo tristes asentimientos con su cabeza.

John R sonrió. El humor saturnino de aquel hombre le hacía gracia.

—Volverá pronto —garantizó el doctor Díaz—. En un par de horas empezará a oscurecer, y ahí afuera no hay mucho que ver... Os lo aseguro.

—¿Sabes, John R...? —terció repentinamente Alessandro Borgogni. El italiano, quien junto a John R y Assailly era uno de los tres no-doctores del grupo, miraba fijamente el cubito alimenticio que sujetaba entre sus dedos—. Si no fuera por tu maldito documental, ahora estaría yo cenando con una preciosa francesita pecosa que trabaja en el centro de computación del CERN. —Se metió el cubito en la boca, sonrió y comenzó a masticar.

—¿Pretendes echarme a mí la culpa de lo que ha pasado, o es que quieres invitarme a cenar? —replicó John R.

—No, no, John R. Puede que Alessandro tenga razón —dijo de improviso el doctor Wolff—. Pero en lugar de culparle, Sandro, puede que tengas que agradecersele —añadió—. ¿No has pensado que gracias al documental de John R estás ahora aquí vivito y coleando...? ¿Y que quizá en esa cena con la bella señorita se te hubiese atravesado un hueso de pollo en la garganta y ahora estarías camino a la morgue?

—No tenía intención de cenar pollo —repuso el italiano cubriéndose la boca con la mano y sin dejar de masticar.

—¡Ja! —rió el doctor Wolff—. Pues entonces pez globo mal manipulado, una col de Bruselas rebelde o la pinza de un cangrejo *zombie*... Elije la opción que te parezca más graciosa o la más macabra —prosiguió el alemán—. Lo que sabes que insinúo es que quizá le tengamos que estar agradecidos toda nuestra vida a este hombre.

—Tampoco nos pasemos, doctor Wolff —le dijo John R algo avergonzado—. Ni una cosa ni...

—Un momento, un momento... —le interrumpió una ruda voz a su espalda—. Me parece que ya voy atando cabos... —Como surgido de la nada, había aparecido de nuevo en el refugio el doctor Turimov. Nadie lo había visto regresar. Pero allí estaba. Con sus botas negras, su calzón gris y su casaca roja abotonada hasta el cuello—. A ver, tú, John Ramon o como quiera que te llames realmente: ¿cómo es que apareces en el LHC con tu amigo..., ese tal Jay Baen, aparentemente para hacer un documental... y casualmente sufrimos un accidente en el que aparecemos aquí, con toda la comedia posterior? ¿No os parece demasiada casualidad? —preguntó mirando a todos en general—. ¿Qué probabilidades existían de que eso pasara...? Ya os lo digo yo. ¡Prácticamente cero! —le gruñó a John R en la cara—. ¿Cómo es que sabes tantas cosas de todos nosotros y en cambio nosotros no sabemos prácticamente nada de ti? ¿No será cierta la teoría del doctor McNamara y estás aquí como infiltrado del equipo de un show de cámara oculta?

John R se quedó helado ante aquella acometida.

—No sea injusto, doctor Turimov —le interpeló la doctora Shuari—. Cuando se han marchado esas mujeres, he visto al señor Ramon ponerse tan blanco como los demás. El pobre casi se ha desmayado a mi lado.

—Además, yo sí que le conozco —intervino la doctora Manassero—. Tiene treinta y cinco años. Nació en *Somerville* y reside en Boston. Es marido y padre de un niño precioso...

—Mirad —advirtió el ruso—. Tienen que salir a defenderlo las mujeres.

«Bueno... Ahí te has pasado de la raya.»

—Vamos a ver, doctor Turimov... —replicó John R en tono más seco de lo normal—. Quiero pensar que está usted aún en estado de shock y las ideas andan algo desordenadas en su prodigioso cerebro —dijo, tratando de no enfurecer aún más a la bestia—. Dejando de lado ese último comentario machista, el cual voy a ignorar; llevo..., o llevaba casi tres meses en el LHC. Os he entrevistado a todos en varias ocasiones...

—continuó, mirando al resto de soslayo—. A usted incluso en aquel *pub* británico de Meyrin en el que acabamos tomándonos unos cuantos vodkas. Llevo los últimos dos años de mi vida estudiándolos a todos para la realización de lo que esperaba fuera un buen documental.

»Sí. Sé más cosas de todos ustedes que de algunos miembros de mi propia familia. ¡Pero es que ese es mi trabajo! O al menos lo era. Y sí. Yo también tengo esposa y... y a mi pequeño Paul... —John R hizo una pausa y tragó saliva—, que... que... que si todo lo que esas mujeres han dicho es cierto, no volveré a ver jamás —apuntó—. Así que no se le ocurra volver a decirme que yo tengo algo que ver con todo esto —finalizó con rabia. John R notaba su rostro ardiendo y sabía que se había ruborizado.

Recorrió su vista sobre aquella gente y observó varias miradas esquivas, e intuyó que el doctor Turimov, quien estaba congestionado y rojo de ira, se proponía volcarla contra él. Sin embargo, en aquel momento el doctor Wolff salió en su rescate.

—Vamos, Alexey —dijo poniéndole un brazo sobre los hombros al ruso—. Acompáñame afuera, por favor. Me gustaría consultarte un par de asuntos que me rondan por la cabeza.

—Esto no se ha acabado, Ramon... ¡A mí no me engañas! —le advirtió el doctor Turimov volteando la cabeza en su dirección antes de salir con su colega.

«¿Pero qué le pasa? —se preguntó alucinado—. ¿Por qué la ha tomado conmigo?»

John R trató de evitarlo, pero el ruso le había hecho entrar en un estado de nervios no aconsejable por ningún cardiólogo para sus pacientes. Sabía que todos le observaban, por lo que salió del refugio sin mirar atrás. Ya en el exterior vio a los doctores Wolff y Turimov caminando hacia el oeste. El ruso se detuvo, gesticuló de modo ostensible y se giró hacia el refugio mirando en su dirección. Cuando lo vio, le señaló. El alemán le colocó una mano en la espalda, le comentó algo y ambos continuaron caminando. John R se dirigió en dirección contraria, hacia la parte trasera del refugio.

Tomó asiento en una alta roca plana, cerró los ojos e inspiró profundamente. Allí olía a sal, a mar, a verde y a flores. Poco a poco John R fue calmándose. Abrió los brazos y se dejó acariciar por la fresca brisa.

La sombra del gran algarrobo a su izquierda se alargaba minuto a minuto, y los bidimensionales cactus grises se arrastraban por tierra creciendo a ojos vista. El cielo de poniente parecía un cardenal, morado oscuro con placas de sangre, si bien desde su posición no alcanzaba a ver el sol, oculto ya tras uno de los montes de la isla. Mas desde allí lo que sí que alcanzaba a ver era el mar gris-plata a lo lejos, tornándose poco a poco

más y más oscuro.

«No es un paraíso tropical, pero la isla no está nada mal —se dijo para sus adentros—. Si tuviera aquí mi cámara podría hacer una fotografía a todo color de Linosa en 1805.»

Pero lo único que aquellas mujeres les habían dejado había sido su ropa interior. Si John R quería guardar un recuerdo de aquellas vistas debería memorizar aquel paisaje.

Su pequeño Paul acudió a sus pensamientos. Seguido por Polly... sus dos amores. ¿Era cierto que los había perdido para siempre? ¿No volvería a abrazar a ambos jamás? ¿No volvería a oler el pelo de Paul después de bañarlo? ¿No vería crecer a su hijo? ¿No volvería a sentir la suavidad de la piel de Polly bajo la yema de sus dedos...? John R notó que algo cálido goteaba sobre sus manos... Se secó los ojos con los puños de la blusa y respiró profundamente.

¿Y Jay? ¿Por qué Jay no estaba con ellos?

«¿Dónde estás, Jay? —se preguntó—. Todos los del documental estamos aquí, menos tú. Te perdí de vista un momento, y todo empezó... Bueno..., o todo acabó; depende de cómo lo mires —asumió—. ¿Has tenido más suerte que nosotros, Jay? Eso espero, amigo..., eso espero.»

John R permaneció con la mirada fija en el ceniciento mar distante, y recordó de nuevo todo lo acontecido aquella mañana como si estuviese sucediendo en aquel mismo instante.

Jay y él llevaban ya cuatro horas a cien metros bajo tierra en el LHC, filmando unas tomas en alta velocidad con los dieciséis científicos en aquel fatídico túnel. Fue justo mientras realizaban una pausa, en la que Jay y él empezaron a debatir sobre la prioridad de unos aspectos técnicos sobre unos artísticos. Jay se proponía mostrarle un esquema que tenía en su pequeño bloc de notas... Y entonces vino el destello e inmediatamente después la oscuridad.

Aquel suceso (el accidente, la explosión y ellos allí en aquel momento y en aquel lugar), tratándose de un hecho altamente improbable, había sido la parte lógica de todo; la parte que podía llegar a ajustarse a las normas fijadas para todo lo conocido por John Ramon. Lo sucedido después, tras despertar, había sido lo auténticamente inconcebible...